

## VIII

### ARMAND LEVALLOIS

Chile es un caos intimidante de montañas portentosas cuando las aprecias desde el aire. Algunas son tan enormes que menosprecian las nubes y se erigen hacia el éter, inalcanzables.

El 707 americano rugió boyante desde el agosto parisino. Mi destino: Santiago. Fue mi definitivo descenso en este país. Era 1974. Yo no sabía nada de este lugar ni de Sudamérica. En Europa las menciones eran esporádicas: hombres extraviados en zonas oscuras y profundas del Amazonas (en páginas del *Life* recuerdo un vientre escamoso abierto en canal; las fauces del pionero eran nieve purulenta y redundaban en una expresión aún vívida de terror); dictadores de turno en lugares con nombres de santos y que se me antojaban tropicales y festivos (aunque después supe advertir *aquella* estela de cadáveres); magníficas erupciones volcánicas que exterminaban poblados de hojarasca, terremotos, ocellizos y otros eventos insólitos que completaban los noticieros de la época.

En el aeropuerto, soldados de burla chillaban un desagradable castellano, el que pensaba hasta entonces era solo una tara de Juan Montes. Cargaban fusiles de munición 5,56 x 45 mm OTAN, la misma que se diseminaba por los arrozales de Hanói, tan distantes ya.

Lucían como lo que eran: chicos envueltos en asuntos que, entendí de inmediato, no comprendían en absoluto. Reía con júbilo en el vehículo que discurría hacia el Hotel Carrera, invocando mi rostro en retretes colmados de mierda o en procesiones sobre ríos de caimanes; entonces era un recluta más y nos humillaban para que desertáramos, para que huyéramos como los convictos que éramos. Sí, reía con júbilo por la galería de imágenes de este país que transitaba como entre postales.

Entonces recordé lo que leí y pronto olvidé en el avión: hacía pocos meses, un golpe de Estado había acabado con un presidente comunista y ahora los militares controlaban el país.

La afectuosa invitación que me cursó el bueno de Juan Montes la recibí como quien obtiene una gratificación del destino. Había acabado hacía algunos años con una etapa de mi vida, sin dudas la más importante y trascendental, la que me distinguió y determinó para siempre, y desde entonces mi cuerpo (mas no mi mente, no, ésta se había alejado, extraviado del nuevo y ajeno individuo en que me había convertido) vagabundeaba taciturno y por inercia por los bares y prostíbulos de mi ciudad natal, la palaciega Nancy.

A veces me preguntaba, jadeando entre el aroma fastuoso de ramerías polacas, arrojando licores sobre borrachos con hálito no más irascible que el mío, inquiriendo pretextos en hurtos de pobre cuantía, qué demonios se supone que debía hacer, cuál era mi sitio en este mundo.

Uno que parecía muy diferente al que abandoné cuando era poco más que un muchacho en los '50. Cuando los soviéticos estallaron la bomba de hidrógeno y el planeta entero parecía que se iría a la mierda.

Me postré una tarde de otoño frente a mi antiguo hogar. Contra lo que esperaba, mis padres seguían allí. ¿Cuánto haría desde que partí? ¿Quince, veinte años? Las correspondencias fueron esporádicas y lacónicas, por lo que de gran cosa no me enteré en todo ese tiempo. En realidad nunca hablé ni me entendí demasiado con mis padres.

En un comienzo no me importaba, o fingía que no me importaba, pero en retrospectiva, analizando la seguidilla de eventos que componen la existencia de un sujeto (en este caso la mía, la de un infame, la del asesino que muchos dicen que soy), gratificando y descartando miles de acontecimientos, puede que cierta trascendencia haya tenido. Miro al chico que jugueteaba entre las ruinas que dejaron los alemanes, los rostros de los adultos, la sensación de pérdida por los que marcharon sin regreso, el hedor de mi hogar y la ciudad y tal vez de la Francia misma, que se erigía de una victoria con resabios a derrota.

Has regresado, dijo mi padre al divisarme. Señas del comienzo primaveral se exhibían en el inmenso roble que cobijó la infancia, las estaciones. Recuerdo llevar uniforme de gala, boina negra del Cuerpo de Buzos Tácticos y mi daga, dispuesta bajo condecoraciones de tres o cuatro continentes, y tal vez la esencia invisible pero vigorosa de la sangre de todos los hombres que yacían tras de mí.

Era un sujeto casi acabado, lo supe de inmediato, pero algo en él permanecía inmutable, aunque no supe precisar qué cosa, cuál era su origen, tal vez algo parecido al orgullo u otra cosa por el estilo. Cuando su iris se suspendió en lo que recordaba como su hijo, descubrí que era el funcionario imperturbable y silente que mi imaginario retenía. Pude haber dicho: la muerte es un pasado ya, padre. Quizá: no habrá más muerte. O bien: ya no le temo a la muerte.

Mi madre, en su agonía, en la fetidez cada vez más latente de cadáver que inundaba su alcoba, extendió sus marchitos dedos sobre mi rostro y me dijo, más bien, me lo dijeron sus pupilas casi dilatadas, el temblor de su muñeca y el amago de sonrisa que su rostro no concretó: estoy orgullosa de ti, Armand.

Alquilé un cuarto entre la Rue des Glacis y la Place de Luxembourg, en un sencillo pero confortable edificio de tres niveles color crema. No era la gran cosa, pero no tenía más dinero. El casero resultó ser un anciano de cordial trato, Gaspard era su nombre, quien al enterarse de mi condición de antiguo legionario, intentó depreciar el valor de lo que debía pagarle. Por supuesto, no acepté, pero entendí que en las antiguas generaciones la Legión era un asunto romántico, obra que atribuyo a los panfletos y cánticos de principios de siglo con promesas de aventuras y honor. O tal vez Gaspard fue un legionario o conoció a uno. No me interesó preguntar.

La decisión de abandonar la Legión no me fue difícil. Podría decirse que derivó de la madurez, de la experiencia que, con el correr de los años, adquirimos los hombres que han transitado, husmeado por los senderos infectos de un *clochard*.

El estandarte me fue hostil, tal como el cazador que contempla a su labrador desahuciado. Entendí que es la vida. Dar paso a lo nuevo y erradicar lo antiguo, y que esto se vuelva polvo y regenere en otros entes o seres para también corromperse. Es un círculo hermoso y que aturde. Era mi destino, el de Armand Levallois, el que sobrevivió a las ofensivas de *Điền Biên Phủ* y *Cao Bằng*, quien comandó el rescate del petrolero Atlantis en los '60, el que era llamado la bestia rubia por sus camaradas: el venidero *francés*.

La muerte, la privación de su goce me aturdió. En los rostros suplicantes, agónicos, altivos y resignados de los desgraciados que ardían en carne volátil encontraba un recóndito deleite. Me sentía vivo, situado de forma absoluta.

Pero solo reía, alzando la mirada por el cristal hasta el cielo violáceo que precede la tormenta.

Aún más en esa época, Chile era un país miserable. Ni siquiera las más esenciales vías automovilísticas estaban construidas. Los caminos, por así llamarlos, no eran más que lodazales y columnas de polvo en suspensión permanente. Desde Santiago tardé un día entero en mi periplo hasta Matanzas. Mi medio de transporte fue un minúsculo bus atiborrado de campesinos. Algunos llevaban consigo animales y frutos; recordé que era costumbre entre las mujeres del Vietnam llevar fruslerías en vasijas hacia todas partes.

Sólo hallé el rastro de lo que se supone fue un embarcadero y algunas viviendas fragmentadas alrededor. Una densa niebla me impidió apreciar más.

*L'amour est une chose étrange.*